

Antonio de Ciudad Real

“De una gran tormenta que tuvo la barca en que iba el padre comisario y de cómo la libró Dios casi miraculosamente”

p. 295-300

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

[CAPÍTULO CXXXVII]

De una gran tormenta que tuvo la barca en que iba el padre comisario, y de cómo la libró Dios casi miraculosamente

Volviendo al viaje que llevaba la barca en que iba el padre comisario, yendo navegando, jueves veinticinco de febrero, la vuelta del norte y tierra de La Florida para poder después virar hacia La Habana, largó tanto el viento aquella noche que rompió las bonetas de la vela mayor y trinquete y tuvieron los marinos otro día qué remendar. Amaneció el viernes, veintiséis del mismo, una día muy triste, nublado y tempestuoso, amenazando con muchos relámpagos y otras señales de aguaceros, pero quiso Dios que se fue todo por otra parte, y que dello no alcanzase a los de la barca otra cosa más de la vista y el miedo que habían concebido. Prosiguieron su viaje con el mismo viento, hasta el sábado al medio día que calmó y duró la calma hasta gran parte de la noche, que no poca pena les daba.

Domingo por la mañana, veintiocho de febrero, ventó nordeste, que aún no era por entonces bueno para dar vuelta a La Habana, por no haberse puesto la barca en la altura que era menester, y duró todo el día. A la tarde acudieron por popa mucha suma de unos pescados que llaman toninas, las cuales son tan grandes como grandes puercos, y aun se les parecen en algo; es pescado muy simple y bobo, pero de grandísima ligereza, tiene el cuero sin escamas y como el del puérco, al cual también parece en la asadura y hocico; tiene en la frente un agujero, por donde respira, y en los lomos y barriga unas aletas con que nada con la mayor velocidad que se puede decir; sale de cada uno destos pescados casi tanta sangre como de una vaca, y dicen que son especie de atunes; luego, como llegaron cerca de la barca, repararon muchos de ellos y andaban alrededor della, sacaron los marinos un arpón y hirieron uno, y en un momento le guindaron y subieron a la barca, y en viendo sus compañeros la sangre que dejaba en el agua, huyeron todos sin que quedase ninguno.

Algunos de los marinos tuvieron por agüero y mala señal la venida de tantas toninas, porque venía cubierta la mar dellas, y aun no faltó a quien le pesó que hubiesen muerto aquélla, diciendo que otra vez habían muerto otra los de otro navío y que a otro día se les había perdido, temiendo que había de ser lo mesmo la barca. Todo esto era superstición y burlería; lo que se tiene por cierto es que de ordinario vayan huyendo aquellas toninas del viento, cuando sienten alguna tempestad, y cuando más recias

van anuncian mayor viento y tormenta, como se verificó entonces con lo que a otro día sucedió a los de la barca.

Aquella noche ventó viento sur, que era proprio para ir la barca su viaje hacia el norte, y con él caminó todo ella y otro día hasta las tres de la tarde, habiendo tenido por la mañana algunos aguaceros, con que el padre comisario y los demás frailes se mojaron muy bien, sin que bastase a defenderlos la cámara en que iban, porque se llovía toda. Cogieron los marineros aquella mañana un tiburón muy grande y poderoso, y hicieron dél algunos tasajos. Son los tiburones pescado muy feroz y valiente, tan voraz y glotón que espanta; tienen un vientre y estómago tan extraño, que todo cuanto echan de los navíos, y ellos pueden coger, se lo tragan, como huelan en ello sudor de hombre o de otro cualquier animal; hanles hallado a algunos en los buches escudillas y platos, a otros les han hallado aforros de botijas, cuernos de carneros y de terneras y aun de vacas, y de la ropa que los marineros y pasajeros echan a remojar de los navíos a la mar. Afirmó al padre comisario el piloto de aquella barca que en un tiburón que habían cogido yendo en otro navío, le hallaron en el buche tres camisas de Holanda nuevas, y que él las había tomado y que aún traía entonces puesta la una dellas. Él es pescado golosísimo en extremo grado, y acontece ir siguiendo un navío muchos centenares de leguas, hasta que puede hacer presa, y como huela al sudor sobredicho ninguna cosa desecha; ha sucedido echarle carnaza en un anzuelo y romperle con él las medias quijadas o agallas, y con todo eso volver luego a comer y quedarse asido, tal es su golosina; la boca tiene muy grande a medida del cuerpo; es ligerísimo y por maravilla suelta la presa que afierra con los dientes. Aquel tiburón de aquel día cogieronle los marineros con un lazo desta manera: echaron una poca de carne atada a un cordel por dentro del lazo, y queriendo el tiburón cogerla (que luego acudió al golpe) ibanla tirando, y él tras ella, hasta que metió la cabeza y parte del cuerpo por el lazo, en el cual quedó preso, y en un momento lo guindaron arriba y le mataron y hicieron dél tasajos, como dicho es, aunque con la tormenta todos o los más se perdieron.

Aquel mesmo lunes de carnestolendas, veintinueve de febrero, como a las tres de la tarde, habiendo pasado grandes nublados, turbación de tiempo y acometimientos de aguaceros, yendo la barca navegando con un sur o vendaval deshecho, de improviso y repentinamente le acometió un norte tan recio y furioso que, aunque halló alguna resistencia en el sur que la llevaba, al fin le venció y sujetó, pero muy a costa de la barca y de los que en ella iban, que a mal de su grado se metió enmedio como para meter paz, y así ambos vientos descargaron en ella con tan recio ímpetu,

que muy poco faltó para sumirla debajo de las aguas. Habían quitado aquel mismo día las bonetas de la vela mayor y del trinquete, y tomado la vela gavia y la cebadera porque iba el bauprés quebrado, de suerte que solamente llevaba la barca puestos los papahigos de la vela mayor y del trinquete, y con todo esto, fue la tempestad tan recia y repentina que, ayudada del descuido del piloto, no dio lugar a los marineros a que pudiesen amainar ninguna destas dichas dos velas; quedó la pobre barca cercada por todas partes de montes altísimos de agua, de la cual le echaba el viento tanta cantidad dentro, que parecía ser un recísimo aguacero que caía del cielo, pero viose que era agua de la mar porque era salada, como lo experimentaron los marineros en la que les caía en el rostro. No faltó quien dijo que se estuvo la barca queda un rato, sin menearse, metida en aquel abismo y hondura de aguas, aunque esto no parece que pudo ser, si no es por milagro, porque si no se meneara a una parte o a otra, luego se sumergiera y anegara, estando como estaba cercada de aquellos montes, y siendo combatida de dos tan furiosos vientos, los cuales la tuvieron así enmedio como dos horas, poco más o menos, peleando con ella a manera de manga o huracán; y como los marineros no pudieron amainar las velas, largaron las escotas por mano y quedaron las velas tendidas a la larga por el aire, sin poderlas los marineros en ninguna manera coger ni tomar, aunque trabajaron bien y hicieron todo lo posible, como quien veía la muerte al ojo y entendía que era menester ánimo, fuerza y diligencia. Pero nada desto les valió para remediar sus velas, porque como eran viejas y muy remendadas, en un momento se hizo la mayor menudas piezas, las cuales, llevadas por el recio viento, unas fueron a la mar y otras daban en las jarcias con tanta furia que, como también eran viejas y gastadas, las hacían pedazos; de manera que la vela mayor se deshizo, y sólo quedó della la guarnición y relinga. Era el ruido tan grande, y los golpes y estallidos que daba la vela cuando se rompió, tales y tan recios, que verdaderamente parecía que se disparaba gran número de piezas de artillería, unas tras otras, como cuando muy aprisa es combatida alguna fortaleza. El trinquete tuvo el mismo riesgo y peligro, pero fue nuestro Señor servido que no se llevó el viento sino la meitad, por medio de alto a bajo, hecho asimesmo piezas muy menudas, dejando la otra meitad miraculosamente, como si lo cortaran con unas tijeras por el mismo árbol arriba; con lo cual, y con la diligencia que se puso en el timón, y mayormente con la ayuda de Dios que acudió en su misericordia y piedad, pudo gobernar la barca hasta tanto que pusieron un trinquetillo muy pequeño, que llevaba el piloto de otro navihuelo que se le había perdido, con el cual corrió la barca lo restante del día y toda aquella noche y parte del día

siguiente, por donde el viento la quería llevar, temiendo todos, por momentos, la muerte, y no desconfiando de la misericordia de Dios.

Veintitrés personas llevaba la barca, diez y ocho seculares y cinco religiosos, y ninguno de todos, por más valiente y animoso que fuese, dejó de tener ya aquel día tragada la muerte, entendiendo ser ya llegada; algunos lloraban a lágrima viva (como dicen), sin hablar palabras, otros mezclaban con las lágrimas suspiros y sollozos, y aun otros las acompañaban de palabras tristes y muy sentidas. Entre los que lloraban y daban gritos, era uno un muchacho, hijo del piloto, al cual los religiosos procuraban acallar y persuadir a que se encomendase a nuestro Señor, y a que llamase a su santísima Madre en la ayuda de todos; yendo este mochacho en medio de tan grande angustia y tribulación, vio que un religioso se quitó del cuello un *Agnus Dei* guarnecido en acero, para echarlo en el mar, por ser reliquia tan principal y estimada, y de tanto valor para semejantes peligros, y viendo que llevaba una cintilla de seda, de que el fraile le traía asido, olvidado de la muerte que tenía al ojo, y pensando que el *Agnus Dei* se había de quedar en el agua, pidió con mucha instancia que le quitasen la cintilla y se la diesen, en lo cual se echó bien de ver su niñez y bobería. Echóse el *Agnus Dei* al agua envuelto en un paño y atado a una cuerda y hicieron los de la barca algunos votos y promesas, así en común como en particular, y entre estos votos fue uno que, en llegando a tierra, a La Habana, irían todos al convento y dirían una misa cantada a nuestra Señora, a la cual había de predicar el padre comisario, como después se hizo. El capitán de la barca hizo asimesmo voto de tomar el hábito de nuestro padre San Francisco, y finalmente todos se aparejaron aquella tarde y noche lo mejor que pudieron, con confesiones y otras muestras y señales de contrición, ocupándose, en especial los religiosos, en oraciones y plegarias a Dios y a sus santos como negocio que tanto importaba; lo que más sentían los frailes, y más los congojaba, era morir sin recibir el santísimo sacramento del altar, y en tal lugar y en tal sazón, que necesariamente se había de pasar mucho tiempo antes que se supiese su muerte, y aun ésta se había de venir a saber por conjeturas, porque si la barca allí se perdiera, ninguno escapara para poderlo decir, si no fuera por milagro, y así muy tarde les dijeran las misas y sufragios que se dicen en la orden por los frailes que mueren. El padre comisario, desde la cama, donde iba enfermo, los animaba a todos diciendo que no perecerían si tuviesen confianza en Dios y en su madre santísima, y verdadero dolor de las culpas pasadas, con propósito firme de enmendar la vida y hacer libro nuevo. Con estos sobresaltos, y metidos en peligro tan grande y manifiesto, caminaron lo restante del día; llegó la noche, tenebrosa y triste, que no poco

desconsuelo causó a todos, porque estaba el cielo muy nublado y hacía un viento muy recio, que de cuando en cuando soplabá con tanto ímpetu que parecía ser ayudado de los demonios, pero pudo Dios más que ellos y favoreció y guardó toda aquella gente por su misericordia y por las oraciones de sus siervos; ninguno de los religiosos pudo comer ni beber cosa ninguna, ni dormir en toda aquella noche, así por el peligro en que estaban, como por estar todos hechos una sopa de agua de la mar, y de la que aquella noche les enviaron aquellos nublados, todo fue velar y orar y encomendarse a Dios, aparejándose para la muerte, que tan vecina estaba; los marineros, que habían varonilmente trabajado, mudaron sus ropas y tomaron refection, y repartidos los oficios y velas conforme al tiempo y a la necesidad que había, descansaron algún tiempo, que lo había menester muy bien. Caminó la barca toda aquella noche, como dicho es, con sólo el trinquetillo, y daba de cuando en cuando tan terribles vaivenes, que les parecía a los que en ella iban, que cada uno bastaba para zozobrarla; pero de todo los libró el Señor y fue servido de enviarles su luz y claridad

el martes de carnestolendas, primero de marzo, con que
MARZO quedaron contentísimos y muy consolados, pareciéndoles
1588 que salían de una oscura y tenebrosa cárcel y que ya no
había de qué temer, pues Dios estaba con ellos en su ayuda
y defensa, como claramente lo habían visto.

Fue tan brava y nunca vista aquella tormenta y tempestad, y fueron tantas las angustias, tribulaciones y miedos que cada uno sintió y padeció aquella tarde y noche, que muy mal se puede dar a entender con palabras; mejor es dejarlo todo a la consideración y que se sienta en lo interior del alma; los que se han visto en semejantes trances bien creerán todo esto, y aun podrían decir algo dello. Uno de los marineros, hombre de bien y muy cristiano, portugués de nación, dijo después al padre comisario que al tiempo que vino aquella tempestad y las velas se hacían pedazos, vido, en el combés de la barca, unos hombres que él no conoció, los cuales se les ponían delante y les estorbaban que no acudiesen a poner remedio, y que creyó que eran los demonios; otro marinero, asimesmo portugués, muy callado y de buena vida, que ayunaba todos los viernes a pan y agua, y con esto decía hallarse muy recio y valiente, perdió aquella noche la habla, y estuvo sin ella dos o tres horas, de un golpe que le dio una veta o triza; éste dijo después a un amigo suyo, y aquél a otros y después se publicó, que había visto a la virgen María en la popa de la barca, y todos creyeron que ella los había ayudado en aquella aflicción.

Luego como amaneció el martes de antruejo, primero de marzo, dieron orden los de la barca cómo repararla del mal y daño que había recebido,

que no era pequeño, y fortificarla contra otra tempestad que podía venir y de que se temían, y así del medio trinquete y de la cebadera y de la boneta de la vela mayor (que todo esto había quedado) hicieron otra vela mayor, aunque muy pequeña y remendada, con la cual y con el trinquetillo, vela de gavia y mesana, todo pequeño y viejo y lleno de remiendos, llegaron, favoreciéndolos Dios, a La Habana, como adelante se dirá. A la jarcia del árbol mayor echaron una jareta, con la cual quedó fortificado para que no le echase abajo algún otro viento recio, como el pasado, y desta manera prosiguieron su navegación con viento norte hasta la tarde que calmó, y duró la calma hasta otro día a medio día.

Miércoles de la ceniza, dos de marzo, ventó sur, con el cual caminó la barca la vuelta de La Florida, hasta el viernes siguiente en la tarde, que calmó; no pudo el piloto tomar sonda, ni saber en qué paraje ni en qué altura estaba; duró la calma hasta más de media noche, y luego volvió a ventar el mismo sur, con que fue subiendo hacia el norte hasta el sábado en la tarde, cinco de marzo, que tornó a calmar un poco, y tomada la sonda se halló en cincuenta brazas de fondo, y en más altura que era menester, por lo cual viró para atrás y caminó así toda aquella noche.

[CAPÍTULO CXXXVIII]

De dos grandes peligros en que se vio la barca en que iba el padre comisario, y de cómo al fin llegó a La Habana

Domingo por la mañana, seis de marzo, amaneció un día muy triste nublado y tempestuoso, con que puso a los de la barca en grandísimo temor; como iban tan hostigados y amedrentados de la tormenta pasada que aún no se les había olvidado. Amainaron con tiempo las velas y dejaron pasar un viento recísimo y muchos aguaceros, llegó la noche y comenzó a abonanzar el tiempo, y con esta ocasión viraron la vuelta de La Habana, porque le pareció al piloto que era ya tiempo de hacerlo así.

Lunes siete de marzo largó el buen tiempo que llevaba la barca y navegó con él todo aquel día, y pensando el piloto que ya todos los peligros y trabajos quedaban por popa y que estaba muy cerca de la tierra de La Habana, se hizo aquella tarde la barba y con él otros algunos, teniendo por cosa cierta que aquella noche habían de dar sobre el puerto y que otro día por la mañana le tomarían; y como el piloto tenía fija-